

barbas postizas y la blusa de albañil, sin renunciar ni breves instantes á la exterioridad de la clase social á que pertenezco. Chulita me conocía muy poco, de vista, de años atrás. Yo no la tenía inscrita, como Pepito Arahál, en los anales de mi pasado. No era, pues, necesario realizar una gran transformación. Entré en una barbería y me hice rasurar barba y bigote, según los últimos cánones de la moda. Adquirí en una perfumería una cajita con pasta para comunicar á la piel un ligero tinte rojizo, y me dirigí á mi casa con propósito de estrenar un terno que acababa de recibir de Londres. Adquirí la certidumbre de que Cordelero seguía vigilándome, y de que no se me perdía de vista, porque dos sujetos, de indudable traza policíaca, que se hacían los transeuntes alrededor de mi hotel, no ocultaron un movimiento de asombro al verme entrar afeitado, y otro más marcado aún, hosco y violento, al verme al poco rato salir convertido en inglés elegante. No supieron disimular su alarma; y, persuadidos de que iba derecho al tren, me siguieron, ya sin disimulo, quizás resueltos á echarme mano. No sería pequeña su admiración cuando comprobaron que me dirigía, sencillamente, al número 15 de la calle inmediata, y, previa una pregunta al portero, subía las escaleras despacio, como quien va de visita.

Al llamar en el piso entresuelo de la mundaña, salió una doncella pizpireta, cuya respingada carilla y gesto picaresco reñían con las ideas tétricas que me guiaban allí.

—¿Espera la señora al señor?—preguntó con mezcla de reserva y melosidad.

—Por lo menos sospecha mi venida—contesté, intrépido.—Traigo un recado del señor Ariza; un recado urgente.

Era arriesgado, pues Ariza podía encontrarse allí mismo; pero sólo con audacia se avanza en ciertas situaciones.

—Pase el señor—se apresuró á conceder la doncella.—¿A quién auuncio?

Di un nombre inventado, mixto de inglés y español, y me introdujeron en la sala, refinadísima y con notas de arte delicado, de Chulita. Desde la puerta, un perfume insinuante se me coló por las narices, dominándome el sentido. Era el aroma trastornador de la blanca y carnosa gardenia.

VI

Soy muy sensible á los perfumes, y, si no me dan jaqueca, al menos me encalabrinan los nervios y me producen una excitación malsana. Aquel aroma, ya percibido en el teatro de Apolo, me recordaba la gotezuela de sangre. Entré en la sala bajo el influjo de tal olor, que delataba y acusaba á Chulita. Como efuvio ya perdido y lejano, acudió á mi sensibilidad íntima la reminiscencia de otra sensación. Se me figuraba que también el muerto, y los objetos

lanzados á mi dormitorio, que habían pertenecido al muerto, exhalaban ese olor, que yo, desde el teatro, traía, como una obsesión, en mis mucosas. Esperando, ocupé un sillón, de forma muy elegante, igual que el resto del mobiliario. El retrato de Chulita, hecho por un pastelista de moda, se ostentaba sobre el sofá. El artista, muerto muy joven, había traducido fielmente aquella expresión enigmática de los oscuros ojos, aquella sangrante frescura de la boca, y, además, el modelado exquisito de un busto perfecto, diminuto como el de una niña, diabólicamente virginal, que señalaba el ceñido traje, de forma imperio, de gasa rojiza realzado por cinturón y bordados de plata oxidada. ¡Oh mujer, señuelo del espíritu del mal! ¡Bajo esa gracia tuya late el hervor de la gusanera del sepulcro!

Cinco minutos tardaría en presentarse la pecadora. Durante ese corto plazo yo había trazado mi plan de campaña.

Era, como todos los míos en este asunto, un ataque por sorpresa, en que fiaba la victoria á lo brusco de la acometida. Convenía no dar tiempo á que la astuta se pusiese en defensa. Importaba cogerle la acción, con hábil manobra, con rapidez fulminante.

Me levanté y la saludé hasta los pies. Venía risueña, infantil, divinamente ataviada con un traje de interior, de crespones y cintas fofas; representaba los veinticinco, á lo sumo—pero doloridas orejas color de malva orlaban sus ojos de sombra—. Un azoramiento reprimido y ner-

vioso se revelaba en la retracción involuntaria de la mano que me tendió, y que estaba fría y matorosa á la vez.

—La he anunciado que vengo de parte de Ariza... Perdona usted, señorita, este pequeño engaño, cuyo objeto era ser recibido prontamente—dije con pronunciación no extranjera, sino levemente extranjerizada—. Vengo por cuenta propia. Soy malagueño, criado en Londres, y conozco mucho, y desde hace bastantes años, á la familia de D. Francisco Grijalba, que ha sido asesinado, como usted no ignora.

Un tinte terroso se esparció por la cara de Chulita, y sus pupilas giraron, como si la cegase un rayo de luz demasiado fuerte.

—No comprendo, señor mío, qué relación...

—¡Ay! señorita, veo que se encuentra usted muy atrasada de noticias...—exclamé sin asomos de ironía—Ya me lo temía yo; los que tenían obligación de velar por usted son los que la abandonan, llegado el momento crítico. No se comprende que, amándola á usted, Ariza proceda de tal modo. Usted ignora la tormenta que se ha formado, y va á estallar, y á caer sobre su cabeza de usted. En Málaga y también aquí, la gente empieza á señalar como culpables de la muerte de Grijalba... ¿no adivina usted á quién?

—¿Cómo quiere usted que adivine?—contestó, rehaciéndose y flechándose su relampagueante mirada, en que la soberbia era—lo comprendí—disfraz de un pavor hondísimo.

—¿Es posible que nada sepa usted? ¡Qué in-

dignidad, tenerla á usted en la ignorancia de lo que tanto la importa! Ya, desechada una falsa pista, se sigue otra; todo Madrid, soliviantado por este crimen del gran mundo, señala á usted y á Ariza como autores de la tragedia.

Un movimiento confuso, un balbuceo cortado salió de sus labios de grana, que amorataba en aquel momento el reflujó de la sangre al corazón. Vi que estaba bajo la presión del terror del animal cogido en el lazo, bajo el dominio del puro instinto, y comprendí que, por unos minutos, era mía. Decidí aprovecharlos.

—Va usted á ser presa sin tardanza. Ariza, ¡esto es lo peor! en vez de prevenirla á usted, se ha marchado, nadie sabe adónde. Se le busca, pero no se ha dado con él...

Era aventurado el golpe, pues Ariza podía, en aquel mismo momento, llamar á la puerta. Yo contaba con la casualidad, pródiga, oportuna. Hice bien: Chulita no dudó; se vió perdida; quiso gritar y no pudo; se llevó la mano á la garganta, y aumentada su palidez hasta un tono mortal, cerró los ojos, desvaneciéndose.

Entonces hice algo osado, más loco. La tomé en brazos, y avancé con mi carga casa adentro. Como había supuesto, el gabinete y la alcoba estaban seguidos, en pos de la sala. No dividían á la alcoba del gabinete sino dos altas columnas, detrás de las cuales colgaba una cortina de espléndido encaje de Bruselas, hecha expresamente sin duda, pues ostentaba el monograma de Julita y la corona condal de la Tolvanera (no sin derecho, pues la hermana de Chulita no tenía

hijos). Vi esto en un relámpago de ojeada; mis facultades parecían haberse centuplicado. La inspiración acudía. Preparaba mi drama mentalmente, como el artista su creación. Levanté la cortina riquísima, y apareció el lecho, de madera blanca con tallas doradas admirables de rosas, carcajes y palomas, velado también de encajes, mullido de sedas... Era allí, en aquel nefando altar de galantería y depravación, donde había sido sacrificada la víctima. Me representaba la escena: Grijalba dormido é inerte, Ariza clavándole su estoque, atravesándole el corazón, y á pesar de lo corto de la hemorragia en tales heridas, recibiendo, sin saberlo, en la pechera, la marca, el estigma del crimen; la gota de sangre que me había iluminado como un astro rojo...

Deposité á Chulita encima del lecho. Continuaba el síncope. La di aire con mi pañuelo, y como no volvía en sí, busqué la complicada abertura de su corpiño, y desabroché y arranqué cintas, y desvíé telas para que respirase, y de una mesilla con chismes de plata tomé, precipitadamente, un pulverizador. Del pulverizador salió un agua impregnada de aquel mismo capcioso, embriagador perfume que se respiraba en torno, y cuyo vaho jaquecoso vino á mí en el teatro, saliendo de las ropas del asesino... Un olor es una cosa viva, ó al menos un duende que se nos mete en el ánimo y lo conturba, y lo posee, y lo embriaga. Yo perdí la razón y me entregué á la sugestión del perfume. Abrió ella lentamente los ojos, suspiró, y con impen-

sado movimiento, echó á mi cuello los brazos... Una sonrisa silenciosa florecía en el rojo cáliz de su boca sangrienta, y en el negro abismo de sus pupilas, un reflejo infernal me atraía y me espantaba. No era la mujer y sus ya conocidos lazos y redes lo que causaba mi fascinación maldita; era la idea de que aquella boca estaba macerada en el amargo licor del crimen, en la esencia de la maldad humana, que es también la esencia de nuestro sér decaído, y al morderla gustaría la manzana fatal, la de nuestra perdición y nuestra vida miserable...

Ella, muy bajo, repetía:

—¡Sálvame! ¡Ese infame me ha abandonado! ¡Ya lo temía yo! ¡Se llevó el dinero! ¡El lo hizo todo, todo! ¡Sálvame! ¡He de quererte tanto! ¡Tú no sabes cómo quiero yo! ¡Mi amor es una brasa viva! ¡A él lo aborrezco! ¡No me dejes ir al patíbulo! ¡Sálvame, amor, amor...!

Esto entrecortado, esto suspirado entre las ondas mareadoras de su aroma insidioso, de sus ropas y de su piel de tafetán, entre el nudo serpentino de sus brazos y el embrujamiento de sus labios en que las mieles de varios estíos habían dejado múltiples sabores de perversidad y de anatema. Y la promesa me fué arrancada:

—No tengas miedo, te salvaré...

Por orden mía hizome después el relato del crimen. Todo combinado por Andrés: ¡todo! repetía, rebajándose ante mí con la vileza de querer trasladar la culpa, porque sería noble defender al otro—pero Chulita parecía más mujer al temer y mentir... Y yo la miraba compasivo.

Me olvidaba de que, poco antes, había entrado en la morada de Chulita dispuesto á tenderla un lazo que la perdiese; á adquirir las pruebas de su crimen. Fué el filtro de las épocas poco varoniles, el del lenidad é indulgencia, lo que corrió por mis venas durante un momento, momento irreparable. Acababa de comprometerme á salvar á la mujer, y mi compromiso me hacía, en cierto modo, cómplice de los dos reos. El eje de mi conciencia había girado, cambiando la orientación de mi espíritu. Una parte del pecado me correspondía ya. La horrible manzana había crujido entre mis dientes, y su ceniza me obturaba la garganta, me cegaba los ojos. Yo me recostaba allí donde habían asesinado la cortesana y el perdido, y su crimen me entraba por los poros, me subía al cerebro, serpeaba por mis nervios, cuya vibración sensual duraba aún, y me envolvía en un aire de insensatez, tal, que sin saber lo que hacía, abrí la ventana del gabinete y expuse mi frente al aire puro y helado del exterior. Era una imprudencia incalculable; podían verme en aquella casa donde, acaso al día siguiente, se concentraría la curiosidad de todo Madrid. Pero el baño de aire restauró algún tanto mi conciencia y me prestó lucidez. Me insulté por dentro, me desprecié... y como David me arrepentí. ¡Miseria humana!—Me acerqué á la criminal. Estaba pasándose un peine de plata y concha por los cabellos, admirablemente negros sin tintura, y me sonreía victoriosa, alegre con un triunfo más, aunque todavía agobiada de terror in-

fantil. Retozando, la dije al oído, como si se tratase de un juego:

—¿Ves? por aquí, por este pescuezo tan redondo y tan suave, donde nacen los ricitos crespos, te echará el verdugo la argolla...

—¡No! ¡Has prometido salvarme!—gimió, próxima á desvanecerse otra vez.

—Pues si he de cumplir mi promesa, conviene no perder un minuto, Chula... Vas á contarme como fué, sin omitir nada, diciendo la verdad, ¿entiendes? Si mientes, ¡peor para ti! Y después recogerás tus joyas y el dinero que tengas; yo te daré el que te falte, y de aquí, á la frontera francesa. ¡Habla, habla!

VII

Parecíame como si oyese algo que supiese de antiguo. Mi adivinación había ido derecha á la verdad.

—Yo—declaró Chulita—no conocía á Grijalba, pero él, que era de mi tierra, me vió en el teatro y se encaprichó. Andrés, ¡el malvado Andrés! andaba tan mal de dinero; las cosas habían llegado á un punto tal, que no tenía solución. Dirán que yo gasto... El jugaba, jugaba, y perdía. Se desesperaba. Me habló de marcharse á América, de pegarse un tiro, ¡qué sé yo! Oye, eso de mis joyas... Ninguna me que-

daba ya. Todo empeñado, vendido, ¡hasta los muebles! excepto éstos, sin los cuales no me podía arreglar.... Pero mira...

Abrió una puerta contigua al gabinete, y vi una habitación desmantelada, con solo una silla paticoja y una mesa ordinárisima.

—Eso era el comedor... Tenía preciosidades... Tallas, tapices, plata repujada, alfombras. Todo marchó... Un día me dijo que podía salir del paso, que había llegado su amigo Grijalba, hombre de dinero, y que, ciegamente prendado de mí, me adelantaría de seguro la suma que le pidiese. Y Grijalba vino, presentado por Andrés. Parecía entusiasmado; pero cuando llegó el instante de pedirle el adelanto de la cantidad, se mostró tacaño, se escurrió, pretendiendo que era todavía modesto empleado, pero que, el año próximo, le asociarían á la Azucarera, y tendría medios de mostrarse más generoso. ¡El año próximo! ¡Años próximos á Chulita! Nunca he sabido yo lo que es el año próximo... Para mí no hay más que el momento presente... De ningún otro estamos seguros. ¡Bah! ¡La vida es corta! Y tampoco hay más amor que el presente, el que acaba de quemarme el alma, ¿has entendido? Y yo no me voy de Madrid, gitano, si no me juras que te reunirás conmigo en el extranjero...

—Adelante, Chula, adelante...

—Entonces, Andrés empezó á persuadirme de que teníamos otro medio de sacar partido de Grijalba. El venía á realizar importantes créditos. Cosa de millones, según parecía. Si conse-

guíamos atraerle aquí un día en que acabase de cobrar, era muy fácil sustraerle la cartera, sin que pudiese reclamar, y hasta haciéndole creer que la había perdido en otra parte. Cuestión de habilidad. Pero Grijalba, muy precavido, depositaba sin tardanza en el Banco. Ya deses-
perábamos del golpe cuando una tarde se me presentó Andrés; venía como loco y hablaba como en sueños.

—Ha cobrado hoy ciento setenta mil pesetas de la casa Bordado y Compañía... No ha tenido tiempo de ingresar... Como es tan desconfiado, no lo dejará tampoco en el hotel... ¡Y vamos á arreglar que pase aquí la noche!

Lo arreglamos. Andrés no aparecería; rara vez aparecía estando Grijalba. Se ocultaría. Mi doncella—lo mismo que en otras varias ocasiones, por lo cual no tenía que extrañarlo—fué enviada fuera, á dormir en casa de una prima suya. Andrés vino al anochecer; no le vió subir nadie. Los porteros estaban cenando. Momentos después, y sin ser tampoco visto, Grijalba. Le serví aquí mismo una cena fiambre, y procuré que bebiese la mayor cantidad de Champagne y de licores posible. No diré que se achispase, pero algo se mareó. Contribuyó al mareo un cestillo de gardenias que me había enviado y que puse cerca. ¡Oían tan fuerte! Andrés se agazapó en esa habitación sin muebles. Esperaba á que yo registrase la ropa de Grijalba, sacase la cartera y se la pasase por la rendija de la puerta. Pero Grijalba era, en efecto, desconfiadísimo. A pesar del mareo, puso la cartera debajo de la al-

mohada; se veía que no pensaba sino en su cartera. Aquello me indignó: era un desprecio para mí. ¡Tanto preocuparse de su cartera! Yo no lo comprendo: lo primero es el amor. Salí con un pretexto y advertí á Andrés lo que ocurría. Le vi fruncir el ceño, morderse el bigote y reflexionar.—Apaga la luz—me dijo—y enciende de golpe cuando yo esté dentro.—Le obedecí. Yo era una máquina. Andrés se quitó las botas: no le oí entrar.—Enciende—murmuró su voz, como un soplo. Di vuelta á la llave... No tuve tiempo sino de ver un relámpago, el brillo del estoque desnudo que fulguró dos veces, al herir á Grijalba que medio se incorporaba, atónito. La primera herida le arrancó un grito; la segunda, nada, porque había pasado el arma á través del corazón. Cayó sobre la almohada, inerte. ¡Qué pronto se muere uno! Por algo digo yo que todo vale poca cosa... Ya ves... Andrés registró y se guardó la cartera. Después volvió á calzarse—venía descalzo—. Luego se miró los puños y la pechera, receloso de alguna mancha. No la había...

—Sí la había—respondí á Chulita solemnemente—. Tanto la había que yo la vi, y por ella he llegado á descubrir cuanto ha sucedido. Por una gotita, por nada. Sábelo, y ojalá quieras mudar de vida: nada se oculta: todo lo señala, todo lo revela «aquello» que nos castiga siempre á proporción del delito...

Un estremecimiento profundo pasó por el cuerpo de la pecadora. Un escalofrío sobrenatural heló sus venas un segundo.

—Cada uno tiene su suerte... Yo ya no puedo mudar de vida... Yo no puedo ser buena...

Acercó su boca á mi oído, como había hecho yo con ella momentos antes, y balbució:

—¡Estoy en poder del Malo desde hace tiempo! ¿No sabes que mi padre murió de la pena que le di con mis locuras?

Con infantil volubilidad añadió:

—¡Pero sálvame! ¡Tengo miedo, mucho miedo!

—Sigue...

—Me dijo entonces que era preciso esconder el cuerpo, sacarlo de casa. La parte más difícil. Me entró una angustia. Bebí, para reanimarme, una copa de cognac. Andrés no hacía sino repetir: «Démonos prisa, démonos prisa». Le vestimos en un vuelo; se le manejaba bien, porque estaba flexible aún. Le salía de la boca una espuma encarnada que limpié con un pañuelo. Nos olvidamos de cubrirle con el abrigo, porque él lo había dejado en la antesala. Yo cogí mi llavín y di luz á la escalera. Antes miré por la vidriera si andaba rondando el sereno, lo cual sucede rara vez si hace frío. Todo estaba solitario. Ayudé á Andrés á bajar el cuerpo al portal, y abrí la puerta de la calle. Por fortuna, tengo bien poca escalera. Andrés me mandó que cerrase y subiese. Quería yo acompañarle, pero me dijo que una mujer llama más la atención. Bastaba él. Cinco minutos después volvió.

—Lo he dejado en el solar ese, al lado del hotel. Creo que tardarán en encontrarlo...

Se atusó, se miró al espejo. No se gastaría hora y media en todo lo que te he contado, desde la llegada de Grijalba hasta que descansó en el solar su cuerpo...

—Conviene—advirtió—que me vean en algún sitio público; voy á hacerme presente... Tú lava si hay manchas: tienes horas disponibles.—Y se fué.

Quando dijo así Chulita, sonrei. ¡El fingido enojo del teatro de Apolo! ¡Un medio de exhibirse, de preparar testigos que afirmasen que casi á la misma hora en que el crimen pudo haberse cometido, él, Andrés Ariza, se encontraba en un teatro, lejos del lugar en que ocurría la tragedia!

—¿Y después, Chulita?

—Me quedé sola. Cada vez me persuadía más de que todo era mentira. ¡Qué disparate! ¡Un muerto, que parecía haberse deshecho en humo! ¡Un muerto en mi alcoba! ¡Yo vistiéndole, yo llevándole por la escalera abajo! Pero Andrés, al desaparecer, me había encargado que mirase bien si había sangre. «La sangre es la que habla», repetía. Miré. En las sábanas hallé señales. En el suelo, nada. El estoque era fino como una aguja. Lavé las sábanas, que poco tenían, y no quedó otra huella que el reloj, los gemelos y demás. De madrugada, Andrés vino; envolví cuidadosamente estos objetos y se los llevó para hacerlos desaparecer.

—Quien debe desaparecer inmediatamente eres tú—exclamé, enterado ya de cuanto quería—. Vístete de trapillo; ponte sombrero pequeño,

velo tupido, y dentro de una hora, si no recibes aviso en contra, vete á la esquina de la calle de... Allí te aguardará un automóvil alquilado por mí, que te llevará á Francia. Toma un poco de dinero; el mecánico te entregará un sobre con alguno más. Si puedes, no vuelvas á pecar...

Me clavó sus ojos orlados y que sabían volverse inocentes en su deliquio de pasión, y murmuró:

—¡Reúnete conmigo en Francia!... ¡Aunque sólo sea para convertirme!

VIII

Puesta en salvo Chulita, faltaba hacer otra cosa. Desde que había reconocido con bochorno mi flaqueza, mi propia insania; desde que me sentía capaz de sufrir la atracción del abismo, me volví relativamente misericordioso; quería evitarle á Ariza, por lo menos, la afrenta pública.

Informado del domicilio del criminal, al preguntar por él en la casa de huéspedes—no muy decorosa—, á que le había traído sin duda su crítica situación económica, me advirtió la patrona, encogiéndose de hombros:

—¡El señorito Andrés? ¡Pues si hace más de tres días que no aporta por aquí!

Me retiré sin demostrar extrañeza. Aun cuando la prensa no había hecho alusiones que pudiesen alarmar al criminal, era lógico que anduviese azorado. Lo que yo le había contado á Chulita acerca de la desaparición de su cómplice, era invención, pero en buena ley, no parecería sorprendente que levantase el vuelo el culpable.

—¡Vaya un policía que hago!—pensaba yo— Soy un torpe con estos retrasos y preparativos. Lo primero que se mandaba antaño, era «prender los cuerpos y asegurar las personas» de los sospechosos. Con mis romanticismos, á la una la he librado de la justicia, y al otro, probablemente también. Apenas se reirá Cordelero... En fin, aunque tarde, hagamos lo debido. Voy á declarar ante el Juez la verdad entera. Acaso Ariza no haya salido aún de España.

El Juez me oyó con admiración. Mi relato era dramático y tenía el sello inconfundible de lo auténtico. Lo único que no le dije fué que Chulita seguramente no se encontraba ya en tierra española.

—Le aconsejo á usted, señor Juez—añadí— que me permita continuar dirigiendo este asunto bajo cuerda, á fin de que no se pierda un minuto. Los culpables, al pronto, han estado seguros, porque la justicia seguía una pista falsa. Ha sido bueno que se me acusase. La opinión empezaba á extraviarse, y la prensa á señalarme ya claramente, á azuzar al vulgo contra mí. Pero, de un momento á otro, Ariza, que tiene el dinero, puede evaporarse.

—Se van á tomar todas las medidas... Usted nos aconsejará...

Púsose la policía en movimiento, con gran reserva. Respecto á Chulita, sabía yo que no sería fácil capturarla, y que, además, no lo intentarían aún. A las doce de la mañana del día siguiente, tampoco Ariza había parecido. Vino á comunicármelo el siempre receloso Cordelero, y comprendí que á pesar de lo significativo de esta desaparición, no había llegado á su espíritu la persuasión de mi inocencia.

—¿Cómo se explica usted que no parezca el señor de Ariza?—me preguntó huraño.

—O él se esconde bien, ó ustedes le buscan mal—fué mi respuesta.

—Quisiera ver cómo le buscaba usted—retó el policía.

—Pues bueno—contesté, picado en el punto sensible del amor propio... en la vanidad del aficionado que quiere dar lecciones á los profesionales—. Voy á rematar la suerte, amigo Cordelero. Voy á encontrar á Ariza. Ustedes, por su lado, trabajen; yo, por mi cuenta. Sólo les pido un favor. Que hoy no me vigilen, y mucho menos vigilen la casa de doña Julia. Que nadie aporte por allí. Es indispensable. ¿Concedido?

—¡Si á usted «ya» no le vigilamos!—protestó él.

—Basta. Libertad y soledad, al menos por unas horas.

De nuevo llamé en mi auxilio á la extraña facultad de semiadivinación que, sobre una base

insignificante en lo real, me había guiado al través del laberinto del sombrío crimen, llamado, en apariencia, á no salir de las tinieblas, como tantos otros que en Madrid se cometen. Mis inducciones de psicólogo me sirvieron para combinar un proyecto á la vez poético y sutil. Me apoyé en la idea de «la querencia». Como el toro, el criminal la siente. Raro será el criminal que no ronde los lugares donde ha delinquido. La misma zozobra de la persecución les incita á llegarse adonde suponen que sucede algo que puede importarles. Hay un anzuelo clavado en su alma, y el misterio tira del cordel y les atrae. Son peces asegurados por el Pescador... Y en Ariza, á la querencia del crimen se unía la de la mujer. El pez picaría...

Me embosqué en el portal de Chulita, habiendo antes sobornado á la portera con propina untuosa. Estaba resuelto á no moverme de allí en bastante tiempo. Diestramente, me enteré de que, en la casa, la desaparición de la mundana no había preocupado á nadie, porque ella, cauta, dejó dicho á su doncella que iba á pasar un día en Aranjuez, de broma con amigos, y no siendo el caso insólito, nadie se preocupó, y se la esperaba aquella noche ó al día siguiente. La policía, siguiendo mis instrucciones, no había aportado por allí. Me instalé en un sofá desvencijado, en la portería, y aguardé en acecho, paciente. En el bolsillo de mi abrigo tenía un paquete de pasteles y emparedados para entretener el hambre si se prolongaba la guardia. A las cuatro de la tarde, nada aún.

Entraban y salían gentes. De Ariza, ni señales.

Poco á poco fui despachando mis pasteles, devorados á la sordina, con glotonería de hombre sujeto á un ayuno que agudizaban emociones intensas. Anochece, y rogué á la portera que diese luz. La mujer principiaba á mirarme con suma desconfianza; una nueva propina, copiosa, la anestesió. Las seis y media serían cuando mi corazón pegó el salto profético. Ariza, recatado por un abrigo y un tapabocas, penetraba en el portal.

Me adelanté y le cogí por el cuello.

—Ahora—le dije en voz contenida—, no te me escapas. No intentes resistir; la calle está llena de agentes ocultos en los portales, y á un grito saldrán.

—Pero, ¿quién es usted?—preguntó, echándose atrás y desprendiéndose de mis manos—. ¿Qué me quiere usted? Suélteme, ó...

—Salgamos—ordené.

Me vió entonces la cara y exclamó: ¡Selva!

—Selva, sí, aquel con quien has querido cruzar tu destino. ¿No sabes que ese cruce es peor que el de dos espadas? Me has injuriado en Apolo para atraer la atención del público, y que constase que allí estabas: has llevado al solar contiguo á mi casa el cuerpo del asesinado, y has arrojado á mi dormitorio el paquete con los objetos comprometores. ¡Has hecho mal! ¡Yo no soy hombre con quien convenga divertirse, seor asesino! Has despertado en mí la sagacidad del perseguidor y del vengador. He descu-

bierto el crimen; y como me repugnaba enviar al patíbulo ó siquiera á presidio á una mujer, yo he asegurado la fuga de Chulita, que está prendada de mí.

Escuchaba Ariza con expresión imposible de describir. Sus ojos llameaban en la semiobscuridad de la calle, cual los ojos eléctricos de los gatos.

—No entiendo, no sé de qué crimen habla usted...—repetía estúpidamente; pero sus pupilas ardorosas desmentían sus palabras.

—No vale ya ese recurso—Y dejé de tutearle—. Acepte usted serenamente la suerte. Tenga valor; es lo menos que puede tener.

—Tengo valor para comérmelo á usted—gritó; y sus puños me amenazaban.

—Pierde usted el tiempo... Mi intención para usted es buena, á pesar de que usted, imprudente siempre, todavía busca quimera conmigo. A una voz que yo diese tendría usted á la policía encima; pero no la daré, á menos que usted me fuerce á ello. Al contrario; mi deseo es facilitarle á usted tiempo suficiente para... No; no es eso—exclamé leyendo en sus ojos—. Escaparse, no. ¿Me toma usted por algún necio? Yo no protejo «así» más que á las mujeres; los hombres, que tengan alma. Usted no es un criminal de oficio. Usted ha sido siempre, á pesar de sus vicios, un caballero, por la clase social á que pertenece. Y un caballero tiene que creer que hay cosas que importan más que la seguridad y la vida. ¿Me equivoco?

Ariza callaba. Sus ojos giraban, como si bus-

case en el suelo la grieta que debía tragarle, sustrayéndole á mi presencia.

—No se equivoca usted—dijo al fin—, pero no comprendo por qué le interesa mi honor.

Sonrei y lancé la frase altivamente.

—Por espíritu de clase.

Miró de nuevo en derredor suyo. Puesto en el terrible trance, sin duda cavilaba en medios, en sitio, en algo que el natural instinto le impulsaba á no encontrar de buenas á primeras.

—No tengo armas—dijo al fin.

—¿Y el estoquito?—pregunté. Hiere muy limpio, aunque en su pechera de usted había una gota de sangre, ¡sépallo usted, Ariza! ¡La sangre habla, como usted le advirtió á su cómplice!

—¡Maldita sea!—tartamudeó.—En fin, acabemos... Le he dicho que no tengo armas.

—Llevo siempre mi Browning—respondí—.

Ahí va.

Inmediatamente sentí un escalofrío. La cara de Ariza era trágica, y me apuntaba á la altura de la frente, con mi propia pistola. Me dominé gallardamente, me crucé de brazos, y le desafié con la mirada. Entonces, de súbito, bajó el arma y echó á correr enloquecido. Se detuvo en una plazoleta próxima. Un soldado; el dueño del figón donde pasaba las noches mi sereno; el dependiente medidor, le vieron acercar el arma á la sien, disparar, caer boca abajo...

Cuando se registró su cuerpo se halló, en un bolsillo interior, la suma, algo incompleta. El bastón de estoque apareció en su propia habi-

tación de la fonda, oculto bajo la alfombra, á ras de la pared.

Después de esta aventura, he comprendido que, desde la cuna, mi vocación es la de policía aficionado. Las sensaciones que experimenté con motivo de mi indagatoria fueron de primer orden por lo intensas. Me di cuenta de que el fastidio no volvería á mí si me dedicaba á una profesión que tan bien armoniza con mis gustos, y, me atrevo á decirlo, con mis condiciones y aptitudes, ó si se quiere mis inspiraciones atrevidas y geniales. Resuelto á ejercerla, me voy á Inglaterra á estudiarla bien, á tomar lecciones de los maestros. Y tendré ancho campo en este Madrid, donde reinan el misterio y la impunidad. Traeré al descubrimiento de los crímenes elementos novelescos é intelectuales, y acaso un día podré contar al público algo digno de la letra de imprenta.